



LIT
RA
RIA



Georges Bernanos

DIARIO
de un
CURA
RURAL



Prólogo de José Luis Restán

Literaria

30

Georges Bernanos
Diario de un cura rural

Traducción de Jesús Ruiz y Ruiz
Prólogo de José Luis Restán



Título en idioma original: *Journal d'un curé de Campagne*

© Librairie Plon 1936, 1975

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2009 y la presente, 2023

Traducción de Jesús Ruiz y Ruiz

Revisión de Cristina Ansorena

Prólogo de José Luis Restán

Imágenes: Freepik y Pixabay

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-152-6

Depósito Legal: M-10554-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. +34 915322607

www.edicionesencuentro.com



PRÓLOGO

«Pues bien, hijo mío, de habernos dejado obrar a nosotros, la Iglesia habría dado a los hombres esa especie de seguridad soberana. Cada cual hubiera tenido también su parte de contrariedades. El hambre, la sed, la pobreza, los celos (...). Nunca habríamos hecho acopio de suficiente fortaleza para meternos al diablo en el bolsillo. Pero el hombre se sabría hijo de Dios».

Esa especie de seguridad soberana, que consiste en saberse hijo de Dios... esta frase que dirige el cura de Torcy al protagonista del *Diario* podría resumir la obra entera de Georges Bernanos.

Diario de un cura rural no es sólo ni principalmente una «novela sobre el sacerdocio», sino una novela sobre la fe y sobre la Iglesia. Bernanos vivió su pertenencia a la Iglesia dolorosa y apasionadamente. Comprendió que ella era el único hogar donde vivir la libertad y la alegría que deseaba, de modo que las limitaciones y traiciones de sus miembros nunca le empujaron al abandono o al resentimiento. Como explica el teólogo von Balthasar en *El complejo antirromano*, después de un siglo de sorda rebelión entre los intelectuales

católicos, sólo en los personajes de Bernanos se reconcilian por fin el anhelo personal de renovación y santidad con la forma concreta de la Iglesia.

«La gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo», escribe el cura rural en la última página de su *Diario*. Porque la Iglesia es un cuerpo de miembros dolientes (ahí están el pobre cura de Ambricourt, mademoiselle Louise, la condesa, e incluso la pequeña Seraphita para documentarlo) y, sin embargo, «dispone de toda la dicha y la alegría reservadas a este pobre mundo».

Bernanos sufre y goza con la Iglesia. No diseña programas de reforma, ni procede a torpes clasificaciones: «es un verdadero rebaño, (...) con bueyes, asnos, animales de tiro y de labor, también algunos machos cabríos (...) ¿qué puedo hacer con ellos?... no hay manera de matarlos ni de venderlos, (...) porque el dueño quiere que le devolvamos cada animal en buen estado».

Lo que hace grande a la Iglesia no es la virtud natural de sus miembros, sino el triunfo del Resucitado que brilla a través de la escandalosa debilidad de los suyos. Nuestro cura rural lo comprenderá sólo al final, pero su vida es un signo transparente de esta verdad central del cristianismo.

El párroco de Ambricourt, torpe y desmañado, hará saltar por los aires la soberbia de corazón y el resentimiento contra Dios que, como un cerrojo, aprisionan a la condesa. El diálogo entre ambos constituye uno de los cuadros dramáticos más impresionantes de la literatura, pero es también un descenso al abismo misterioso de la pura maldad, que consiste en la

rebeldía frente al amor de Dios. La insospechada victoria del pobre sacerdote es la victoria de Otro que le lleva de la mano. Él mismo confiesa su asombro en el diario: «un lector que recorra estas líneas creerá que estaba obrando según un plan preconcebido, pero no es así; lo juro, yo únicamente me defendía».

La gracia, pues, adquiere un misterioso protagonismo que a nuestro cura le cuesta aceptar. La propia miseria e incapacidad que le oprimen como una losa, se convierten en cauce para una salvación que es de otro mundo. El cura de Torcy, que representa el realismo imponente de la fe, se lo dirá brutalmente al protagonista, quejoso una vez más por la sequedad de su predicación: «¡Cállate! No querrás que un desgraciado desharrapado como tú, haga otra cosa que recitar su lección; pero Dios bendice incluso tu lección, pues no tienes el aspecto próspero de un conferenciante de misas pagadas».

Pero esta gracia, protagonista en toda la obra literaria de Bernanos, no es una fuerza etérea, sino la presencia del Hijo de Dios que ha venido a la tierra, y con su encarnación ha establecido un verdadero pueblo de hermanos. Sólo ahí se comprende la relación entre los curas de Ambricourt y Torcy. La presencia de este sacerdote oriundo de Flandes, fogoso y práctico, cuya áspera apariencia no logra disimular su profunda piedad por los hombres, abre para el solitario cura de Ambricourt la experiencia de una amistad conmovedora. La Iglesia es para Bernanos el hogar de esa amistad que no está sometida a gustos ni estados de ánimo, que se funda en el amor a la verdad del otro, esto es, a su destino. Por eso la amistad del cura de Torcy es siempre una verdadera compañía para el camino del autor del diario, aunque muchas veces le escueza y le resulte apremiante.

Junto al triunfo de la gracia, que hace resplandecer el rostro de la Iglesia cualquiera que sea su tosquedad humana, el otro gran misterio que recorre el *Diario* es la profundidad del mal. Es una malicia que arraiga en las profundidades del corazón del hombre, pero cuya semilla viene de fuera, de un misterio de rebeldía al que Bernanos pone nombre sin dudar a lo largo de su obra. Esta malicia, protagonizada o sufrida, empuja a los personajes al cinismo, al aburrimiento o a la tentación de desesperar.

Aquí encontramos, como en Dostoievski, la profundidad del alma humana invitada a reconocer y decidir: reconocer el rostro bueno del Padre y abrazarse a Él. Fuera de esta invitación sólo queda el zambullirse en el agua amarga de la desesperación y de la nada. En las novelas de Bernanos, la respuesta a esta alternativa depende en última instancia de la sencillez de corazón, que permite a personajes como el pobre cura de Ambricourt reconocer la verdad en el instante supremo. A esta sencillez nuestro autor la denomina *espíritu de infancia* y, como recuerda el cura de Torcy, la Iglesia es el lugar donde pervive contra viento y marea, porque «ha sido encargada por Dios de mantener en el mundo ese espíritu infantil, esa ingenuidad».

La historia del cura rural es la de este espíritu infantil que sólo finalmente se impone sobre los análisis y las presunciones que pretenden ridiculizarlo a cada paso. «¿Por qué inquietarme?, ¿por qué tratar de prever lo que ocurrirá?; si tengo miedo diré: tengo miedo (...), sin sentir por ello ninguna vergüenza ¡Que la primera mirada del Señor cuando se me aparezca su Santa Faz, sea una mirada tranquilizadora (...) ¡Qué más da! Todo es ya Gracia».

Diario de un cura rural transpira toda la ternura sobria y discreta de Georges Bernanos por la pobre gente que recorre los caminos del mundo. Esas voces y esos rostros humanos que el escritor gustaba de escuchar y contemplar en las mesas de los cafés, mientras garabateaba incansable sus cuartillas, «para no dejarme engañar por seres imaginarios, para poder encontrar con la mirada, en el desconocido que pasa, la justa medida de la alegría o el dolor» (cf. *Los grandes cementerios bajo la luna*, Madrid 1986).

La suya no fue nunca una mirada de fabulador a sueldo o de analista de salón, sino la mirada de la verdadera compasión que sólo se aprende al calor de Jesús de Nazaret.

José Luis Restán

DIARIO DE UN CURA RURAL





I

Mi parroquia es una parroquia como las demás. Todas se parecen. Las de hoy en día, naturalmente. Ayer mismo le decía al señor cura de Norefontes que el bien y el mal deben hallarse equilibrados, o si lo prefería, superpuestos uno y otro sin mezclarse, como dos líquidos de distinta densidad. Al oír mis razones, el señor cura de Norefontes se echó a reír. Es un buen sacerdote, muy benévolo, muy paternal y que pasa en el propio arzobispado por espíritu fuerte y un tanto peligroso. Sus ocurrencias provocan la hilaridad en los presbiterios y él suele acompañarlas con una mirada que quiere ser viva y que en el fondo es tan marchita, tan fatigada, que al verla me dan ganas de llorar.

Mi parroquia se halla consumida por el aburrimiento; esa es la palabra exacta. ¡Como tantas otras parroquias! El tedio lo devora todo ante nuestra vista y nos sentimos incapaces de hacer nada. Acaso algún día nos alcance el contagio y descubramos en nosotros mismos ese cáncer. Es posible vivir mucho tiempo teniéndolo latente en el interior.

La idea se me ocurrió ayer, en la carretera. Caía una de esas lluvias finas que cuando se respiran a pleno pulmón

parecen descender hasta el vientre. Por el lado de Saint Vaast, vi aparecer bruscamente el pueblo, apilado y mísero, bajo el cielo huracán de noviembre. Bajo la llovizna, el pobre pueblo tenía aspecto de estar tendido allá, en la hierba, chorreante, como un animal agotado. ¡Qué pequeño es un pueblo! Y aquél constituía, precisamente, mi parroquia. Era mi parroquia, pero yo no podía hacer nada por ella y la contemplaba tristemente, viendo cómo se hundía en la noche, cómo desaparecía... Dentro de algunos instantes dejaría de verla. Jamás había sentido tan cruelmente su soledad y la mía propia. Sin saber por qué pensé en aquel ganado que oía mugir a veces entre la niebla y que el vaquerillo, al volver de la escuela, con el cartapacio aún debajo del brazo, conducía entre los pastos mojados, al establo caliente, oloroso... También el pueblo parecía aguardar en aquel instante —sin grandes esperanzas de que apareciera— después de tantas otras noches transcurridas entre el lodo, a alguien a quien seguir hasta algún improbable e inimaginable albergue.

Ya sé que todo esto no son más que ideas locas, que ni yo mismo puedo tomar en serio, sueños absurdos... Los pueblos no se levantan obedientes a la voz de cualquier vaquerillo, como el ganado. ¡No importa! Ayer noche, creo que si un santo lo hubiera llamado...

Me repito a menudo que el mundo se halla consumido por el tedio. Claro que hay que reflexionar un poco para darse cuenta de ello, pues no se comprende de buenas a primeras. El aburrimiento es algo semejante al polvo. Vamos y venimos sin verlo, respirándolo, comiéndolo y bebiéndolo. Es tan fino, tan tenue, que ni siquiera cruje al ser masticado. Sin embargo, basta detenerse unos instantes para que recubra el

rostro, el cuerpo, las manos. Hay que moverse sin cesar para sacudir esa lluvia de ceniza y quizá sea ésta la causa de que el mundo esté tan agitado.

Se podría objetar que el mundo está tan familiarizado con el tedio que éste forma parte de la verdadera condición humana. Es posible que en el principio la semilla estuviera diseminada por doquier y que germinara aquí y allí, donde encontró un terreno propicio. Los hombres conocen bien ese contagio del tedio, esa lepra. Es una desesperación abortada, una forma vil de la desesperación, algo así como el fermento de un cristianismo descompuesto.

Tales pensamientos procuro guardarlos siempre para mi fuero interno. Sin embargo, no me avergüenzo de ellos. Creo que me produciría gran bienestar llegar a hacérselos comprender a alguien; gran bienestar y gran reposo. Para mi conciencia, claro está. El optimismo de los superiores está totalmente muerto. Los que lo profesan aún, enseñan por costumbre, sin creer ni siquiera en él. A la menor objeción, prodigan sonrisas suplicantes, pidiendo gracia. Los viejos sacerdotes no se dejan engañar. A pesar de las apariencias y si se permanece fiel a un determinado vocabulario, por lo demás inmutable, los temas de la elocuencia oficial no son los mismos. Antes, por ejemplo, una tradición secular obligaba a que un sermón episcopal no acabara jamás sin una prudente alusión —convencida, es verdad, pero prudente— a la inminente persecución y a la sangre de los mártires. Tales predicciones son en la actualidad mucho más raras. Probablemente porque su amenaza es menos incierta.

Una frase ¡ay! comienza a divulgarse por los presbiterios, una de esas horribles frases llamadas «de soldado» y que, no sé

cómo ni por qué, parecieron graciosas a nuestros antecesores, pero que los muchachos de mi edad hallan tan feas y tan tristes. (Es además sorprendente que el *argot* de las trincheras haya logrado expresar tantas ideas sórdidas en imágenes lúgubres... ¿Pero era realmente el *argot* de las trincheras?...). Se repite de muy buena gana que «no hay que tratar de entender». ¡Dios santo! ¡Si estamos aquí justamente para eso! Sólo que, ¿quién informa a éstos? Nosotros. Por eso cuando se nos alaba la obediencia y la sencillez de los monjes me complazco en decir que el argumento no me conmueve demasiado.

Todos somos capaces de mondar patatas o cuidar puercos siempre que nos lo mande un superior de novicios. Pero en una parroquia no es tan fácil efectuar actos virtuosos como en una comunidad. Tanto más cuanto *ellos* los ignorarán siempre y jamás llegarán a comprender nada.

El arcipreste de Bailloeil, desde su jubilación, frecuente asiduamente la casa de los RR. PP. Cartujos de Verchocq. *Lo que he visto en Verchocq* fue el título de una de sus conferencias a la que el señor deán casi nos obligó a asistir. Escuchamos cosas muy interesantes, casi apasionantes, dichas en el tono preciso, pues el encantador anciano tiene los pruritos minúsculos e inocentes de un profesor de letras y cuida tanto su dicción como sus manos. Se diría que aguarda y teme al mismo tiempo, la presencia improbable, entre su auditorio de sotana, del señor Anatole France, y que en nombre del humanismo le pide gracia para el buen Dios, con miradas finas, sonrisas cómplices y retorcimientos de meñique. Parece que esa especie de coquetería eclesiástica estaba de moda en 1900. (Soy probablemente de naturaleza muy áspera, basta, pero tengo que confesar que el clérigo letrado me causa siempre

ÍNDICE

PRÓLOGO5

DIARIO DE UN CURA RURAL

I 13

II39

III285



En esta novela clásica, Bernanos narra conmovedoramente la vida de un joven cura rural francés que llega a comprender su parroquia provinciana al tiempo que aprende humildad espiritual. Su fe, sincera y profunda, su entusiasmo, quedan al descubierto a través de sus reflexiones sobre sus feligreses. Galardonada con el Gran Premio de Literatura de la Academia Francesa, publicada en veintisiete países con varios millones de ejemplares vendidos, *Diario de un cura rural* fue adaptada al cine por Robert Bresson y es considerada por la crítica como una obra maestra de la literatura del siglo XX.

«Este escritor merece el respeto y la gratitud de todos los hombres libres»

ALBERT CAMUS

«El magnífico don de Bernanos es hacer natural lo sobrenatural»

FRANÇOIS MAURIAC

«Es una novela sobre la Gracia, que se impone al estupor y el rechazo del protagonista y que convierte su miseria y su incapacidad en camino para una salvación que es de otro mundo. Y es una novela sobre la Iglesia, cuyo rostro resplandece a la luz de la Gracia»

JOSÉ LUIS RESTÁN



Depósito Legal: M-10554-2023



ISBN: 978-84-1339-152-6

